

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA  
MORAL Y RELIGIOSA,  
CON LA  
aprobacion eclesiástica,  
y bajo la direccion  
DE  
**E. Lozano de Vilchez.**

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los dias 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO  
ES EL  
**DE UN REAL AL MES,**  
EL MAS BARATO  
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados, para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de letras del Giro Mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se espendeden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

30 de Mayo de 1878.

DIRECTORA, D.<sup>a</sup> ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 4.<sup>o</sup>

## SUMARIO.

**Eva**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Himno á la Virgen Maria**, por D. T. Rodriguez de la Torre.—**El lujo y la vanidad**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez. **Calvario y redencion**, cartas de tres hermanas, por idem.—**Seccion doctrinal**, por idem.

## EVA.

(Continuacion.)

Adan y su triste compañera caminaron algun tiempo á la aventura sin saber á donde dirigir sus pasos.

Desde aquel momento, la incertidumbre de su porvenir empezó á inquietar sus corazones, y todas las penalidades y las miserias de la vida

se presentaron á sus ojos, arrancando un suspiro de sus labios temblorosos.

Eva fué la primera en detenerse y murmurar con desfallecida voz:

—No puedo mas, el cansancio me agovia.

—Reposa un momento,—respondió Adan comopadecido de su debilidad—reposa un momento en este sitio, y luego continuaremos nuestra marcha.

—Y ¿á dónde hemos de ir?—preguntó ella con desaliento.

Su esposo la miró indeciso.

Habian caminado muchas horas, y aun no sabian el punto en que fijarian su residencia.

—¡Tienes razon!—respondió,—¿á dónde hemos de ir si todo lo hemos perdido?

—La sed me abrasa, el calor agota mis fuerzas. ¡Oh! busquemos algun manantial donde pueda humedecer mis labios.



Era la vez primera que las necesidades de la existencia hacían sufrir á aquellos seres creados para gozar de todos los bienes.

—Siéntate al pié de este árbol,—murmuró Adán;—siéntate al pié de este árbol, mientras yo voy á buscar lo que deseas—y se alejó un instante de aquel sitio con el pecho oprimido por una terrible angustia.

Dió algunos pasos por la senda que habían seguido, y que terminaba en una esplanada cercada de árboles y situada al lado occidental del paraíso que habían abandonado, y se detuvo de nuevo dirigiendo á todas partes la vista con afán.

Aquel terreno era árido y sombrío, pero estaba resguardado del furor de los vendavales por algunas elevadas montañas que apoyaban allí su base.

De pronto llegó hasta él un rumor extraño y desconocido.

Era el ruido de un torrente lejano, que descendía con estruendo de lo alto de la montaña.

Apesar del espanto que produjo en él el aspecto nuevo con que á sus ojos se presentaban las aguas, tuvo un instante de alegría al oírlas tan cerca.

Volvió al sitio á donde había quedado Eva, y tomándola de la mano,

—Ven,—dijo;—Dios tiene misericordia de nosotros y no nos abandona.

Ella le siguió, y después de cruzar un largo trecho de terreno pedregoso, llegaron al borde del torrente, que causó en Eva mayor terror aun que en su esposo.

Sin embargo, venció su temor y probó á beber de aquel agua dejando caer en ella una amarga lágrima desprendida de su corazón, al rozarla con sus labios.

—Aquí podemos pasar la noche—murmuró Adán mirando á su esposa:—estas montañas nos servirán de resguardo, y junto á ellas levantaremos una pobre tienda, que será en adelante nuestra morada.

—Resignémonos con nuestra suerte—dijo Eva inclinando la hermosa frente sobre el pecho;—resignémonos con nuestra suerte, y suframos el castigo que merecemos por nuestra desobediencia! Yo que soy la mas débil, te daré aliento con mi ejemplo, enjugaré el sudor que el trabajo haga brotar de tus sienes, te dirigiré palabras de esperanza y consuelo cuando la desesperación esté pronta á apoderarse de tí, y embelleceré las horas de tu vida con mi cariño y mi cuidado.

Adán enternecido por estas palabras se acercó á su compañera, tomó su mano, y la ofreció emplear sus fuerzas en hacer menos penosa y tris-

te la existencia que iban á comenzar.

Al día siguiente, una humilde tienda levantada junto al torrente, daba abrigo á los dos esposos.

Él empezó á cumplir la sentencia que el Señor había grabado en su frente, labrando la tierra, que solo á fuerza de afanes le concedía sus preciosos dones, y ella empleó en consolarle y en servirle, todas sus fuerzas y su afán.

Un día Eva sintió que su ser se estremecía, que su corazón se abría para dar cabida á un nuevo amor; amor mas tierno, mas intenso, mas sublime que el que había sentido hasta entonces: amor que tenía algo de su primitiva inocencia, algo de la pureza celestial que había abrigado en su alma, cuando fué animada por la mirada divina de Dios.

¡Ay! era madre.

Los primeros ayes que el dolor arrancaba á su boca, fueron á mezclarse con los primeros besos de ternura que estampaba en la frente de su hijo.

De su hijo, flor nacida de sus entrañas para perfumar su soledad.

Desde entonces el sol apareció mas bello á los ojos de aquella pobre mujer, la brisa tuvo sonidos mas armoniosos, el viento suspiros mas tiernos, la alborada claridad mas apacible.

Pero ¡ay! desde entonces también, el pensamiento de su error apareció mas vivo en su mente.

Los recuerdos del paraíso tuvieron mayor encanto á sus ojos, y su pesar por haberle perdido se hizo mas amargo y tenaz.

¡Ay, que su hijo no gozaria de sus inmensas delicias!

¡Ay, que aquel niño que por una ley de amor debía haber nacido libre, nacía por su culpa esclavo del pecado!

Pusiéronle por nombre Cain, y jamás madre alguna ha prodigado mas ternura al fruto de su amor, que Eva derramaba en torno de aquel niño, consuelo y tormento al par de su agitado corazón.

Desde entonces la vida de los dos esposos tuvo un objeto nuevo, adquirió mas encanto.

Cuando Adán volvía á su tienda después de un día de rudo trabajo, ya Eva no le esperaba sola, no la veía triste y abatida al pié de la escueta montaña, soñando con el pasado y lamentando su porvenir. La encontraba con su hijo en los brazos, sonriéndole dulcemente y alimentándole en su seno.

No era la mano de su esposa sola, ni su dulce sonrisa la que le hacía olvidar el trabajo,



eran los besos de su hijo y sus inocentes miradas las que le consolaban y le sostenían también.

Por eso su alegría fué mayor y su esperanza más risueña, cuando por segunda vez Eva ciñó á su frente la corona de la maternidad, dando la vida á un nuevo ser.

Este segundo hijo se llamó Abel, y si Cain era hermoso y ágil y fuerte como su padre, Abel tenía la dulce belleza y la mirada candorosa de su madre.

Su carácter también era muy diferente del de su hermano.

El primero era altivo, soberbio, indomable; y dócil y sencillito y bondadoso el segundo.

Eva con su amor modificaba los arrebatos del uno, y alentaba la estremada timidez del otro, compartiendo entre ambos sus cuidados y sus desvelos.

Cain que era más fuerte, sufría con enojo esta cariñosa intervención; Abel que era el más débil se amparaba á ella, como la yedra se ampara al robusto tronco.

Luzbel que tenía fija la vista en los dos hermanos, sonreía de júbilo con el presentimiento de un crimen horrible.

La envidia, una de las hijas predilectas del ángel caído, adivinó su insondable afán, y rastro y oculta y callada fué á posarse en el seno de Cain, para secundar los esfuerzos del ángel maldito.

Y desde que se enseñoreó en aquel corazón, le hizo mirar con enojo las caricias de su madre, las pruebas de amor de su padre, y sobre todo la complacencia con que el Señor fijaba sus ojos en Abel.

Los dos niños se tornaron en hombres, y el disgusto se trocó en rencor, y el amor fraternal en profundo odio.

Cain amaestrado por su padre, labraba los campos, y Abel como más débil, estaba encargado de la custodia del ganado: ambos habían aprendido á ofrecer á Dios, como primicias de su amor, el uno los más hermosos frutos de la tierra, el otro los primeros y más blancos corderos de los rebaños que apacentaba,

Dios, sin embargo, que lee en los pensamientos, que descifra los misterios del alma y que no atiende á las dádivas, si no á la pureza del corazón que se las envía, aceptaba con bondad las ofrendas de Abel, y no apreciaba las que Cain le ofrecía.

La envidia entonces se ajitó con nuevos esfuerzos en el corazón de aquel desdichado, y con una voz vaga, indefinible, pero vibrante y aguda como la hoja de un puñal.

—Tu hermano,—murmuró en su oído,—es el obstáculo que encuentras sin cesar en tu camino: para él son los cuidados de tu padre, el amor de tu madre y hasta la predilección de tu Señor: hay un sueño profundo que se llama muerte, y los que caen en él no vuelven á despertar nunca! con un sologolpe bien asestado al corazón, el corazón deja de latir, y los labios dejan de proferir frases suaves: tu hermano te ofende obteniendo los elogios que te pertenecen: muerto tu hermano, quedas vengado del pasado y dueño absoluto del presente!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## HIMNO Á LA VIRGEN MARÍA.

### CORO,

Entre acentos que el alma te entona,  
flor divina del célico Eden,  
hoy recibe mi pobre corona  
para ornar con amor tu alva sien.

Flores, flores traed á María,  
nuestra Reina inmortal, nuestro bien;  
mil guiraldas tejed á porfía  
para ornar su purísima sien;  
que la flor que dá á Mayo belleza  
con su aroma, frescura y color  
es emblema de santa pureza,  
es imagen de fervido amor.

Flores, flores traed más hermosas.....  
las de un alma purísima y fiel,  
que más bellas serán que las rosas,  
más fragante que el nardo y clavel.  
Flores, flores traed á María  
de su amor y su fé yendo en pos,  
que es la norma y del cielo la guía,  
nuestra Madre y la Madre de Dios.

Con el alma á sus plantas sujeta  
bellas flores su emblema os darán,  
su modestia os dará la violeta  
y su amor el feliz tulipán;  
la magnolia os dará su hermosura,



su bondad el hermoso jazmin,  
y la bella azucena mas pura  
dulce cantá sus gracias sin fin.

—

Mas traed cual purísimos dones  
de virtudes hermoso fanal,  
y por flores traed corazones,  
que eso anhela su amor maternal.  
Porque el alma que un hijo la envia  
abrasada con fuego de amor,  
si en sus brazos la lleva María,  
en el cielo la acoje el Señor.

T. Rodriguez de la Torre.

Villavicencio 12 de Mayo de 1878.

## EL LUJO Y LA VANIDAD.

(Conclusion).

—Bien, ¿y qué desea V?—preguntó Maurell participando de su emocion.

—¡Al entregar hoy las llaves de la caja vuelvo á ser tan pobre como hace cuarenta años! y..... yo pido á V. que me conceda mi antiguo puesto.

—¡Cémo! ¿V. quiere?.....

—¡Llevar de nuevo los fardos al muelle, ser el pobre mozo de cordel que ganaba el pan con su rudo trabajo! hoy quizá tendré menos fuerzas..... pero haré cuanto pueda, y cumpliré con mi obligacion.

Nadie respondió una palabra á aquella triste peticion, ninguno de los consocios de Maurell, se atrevió á oponerse á aquella demanda.

Al siguiente dia muy de mañana, Margarita pobre, llorosa, desesperada, se trasladaba con su hija á una de las viviendas mas pequeñas que existian en las cercanias de la fábrica, humildemente vestidas y llevando solo lo estrictamente preciso, pues su esposo en su severa rectitud, ni aun los muebles de menos valor habia querido sacar de aquella casa.

Desde aquel mismo dia tambien, Andrés pálido, pero enérgico y sereno, tomó sus cuerdas y volvió á desempeñar su antiguo oficio con mas voluntad que fuerzas, pues ¡ay! éstas habian amenguado mucho con la falta de costumbre, y con el esceso de los años.

Carmela ceñuda, silenciosa, desencajada, habia seguido á sus padres como un autómatas, sin poder avenirse á aquel brusco cambio, y sin

tener una sola lágrima para la pérdida de sus ensueños y sus esperanzas

Si madre alarmada con aquella inmovilidad, con aquel silencio, con aquel marasmo, habia tratado de sacarla de tal estado, ora con súplicas, ora con lágrimas y caricias, pero todo habia sido en vano.

Aquella niña acostumbrada al mimo y á las comodidades, no tenia resignacion para doblarse al peso del infortunio.

Así habian pasado muchas horas y la infeliz Margarita, loca de dolor, no tenia quien murmurase á su oido una palabra de consuelo, ni quien enjugase una sola de sus lágrimas.

Aterrada ante la desgracia que la cercaba en torno, empezaba á comprender aunque tarde la ceguedad de su conducta, y se acusaba de la desgracia de aquel esposo cuya ruina habia causado, y de aquella hija, en cuya alma no habia sabido sembrar una sola flor y si solo zizaña y espinas.

—¡Oh!—murmuraba retorciéndose las manos, desesperada,—¿por qué no la he enseñado á conocer mas ídolo que el lujo y la vanidad? ¿por qué la he acostumbrado á cifrar su vida en los goces del orgullo? ¿Dios me castiga en ella, Dios castiga mi loca ternura, mi exajerada condescendencia, mi soberbia, mi envidia, oh, sí, Dios me castiga y bien amargamente!

Y entretanto que la pobre mujer se lamentaba y gemia, Carmela permanecia insensible, paralizada, próxima acaso á la locura.

De pronto aquel silencio aterrador fué interrumpido por un grito agudo y penetrante, por uno de esos gritos que parten del alma y que desgarran el corazon.

¡Ay, era que la jóven á través de una estrecha ventana, habia distinguido á lo lejos á su viejo padre, encorvado bajo el peso de un gran fardo, jadeante, cansado, sin poder seguir adelante: le habia visto vacilar, le habia visto caer en fin; y, ¡ay! el amor filial venciendo aquella parálisis moral, habia conmovido todas las fibras de su alma, la habia estremecido como un golpe eléctrico, pero como un golpe eléctrico tambien, la habia hecho caer al suelo desplomada y sin fuerza y sin vida.

¡Margarita siguió primero la direccion de su mirada y vió á su esposo! ¡ay! en que estado; ¡despues..... despues sintió un golpe y volvió los ojos! su hija, la hija de su alma, yacia en tierra sin sentido y presa de una congoja mortal, de la que solo debia salir para sufrir una larga y penosa enfermedad que pondria en peligro su existencia y su razon á la par.

Pobre Carmela, pobre Margarita, que fin tan



triste habian tenido sus ambiciones, sus delirios, su funesto error!

Cuando muchas semanas despues Carmela daba esperanzas de vida, cuando la luz de la razon volvió á iluminar aquella frente de veinte años, una mañana, y al abrir los ojos despues de haber disfrutado algunas horas de sueño, su mirada se fijó en otra mirada hermosa, dulce y risueña que se posaba en ella con una espresion de ternura infinita,

Una jóven bella, y mas bella aun por la bondad que reflejaba en su semblante, estaba á su lado teniendo su mano entre las suyas y velando su reposo como el ángel amante de la guarda.

Aquella jóven era Carmen, su amiga, la compañera de su infancia, la hija de los señores de Maurell, el consuelo de los pobres, la protectora de los desgraciados.

—¿Tú aquí?—esclamó Carmela al reconocerla;—¿tú aquí?

—Sí, yo;—respondió ella con suave acento,—yo, ¿por qué lo estrañas? ¿creias por ventura que te habia de abandonar en la desgracia?

Carmela recordó entonces todo lo pasado.

Dios tocó en aquel instante en su corazon y recorrió ante sus ojos el tupido velo que la cegaba.

Sin duda en medio de su enfermedad, durante las horas en que habia luchado con la muerte, y en que habia estado muy cerca de ella, habia vislumbrado algo de las verdaderas dichas del alma y comprendido lo deleznable de las vanidades de la vida.

Al volver á la existencia, Carmela volvía regenerada y dispuesta á espiar sus pasados errores á fuerza de humildad y de resignacion.

—¿Me perdonas?—murmuró fijando una mirada en Carmen, que no supo que responder, pues ignoraba las faltas de que su amiga se acusaba.

—¿Deliras otra vez?—esclamó con pena.

—¡Oh, no; pero hé sido muy culpable, y sobre todo muy ingrata para contigo!

—No hablemos de eso: desde hoy no nos separaremos, y podrás pagar mi afecto, queriéndome tanto como yo te he querido siempre.

—¡No separarnos! ¿qué quieres decir?

—Que he conseguido de mi padre que el tuyo vuelva á ocupar su puesto: los demas se negaban á ello, pero yo he suplicado y llorado tanto que al cabo han cedido, no sin haber exigido que antes ponga una fianza para su seguridad en adelante. ¡Oh! algunos hombres no entienden nada de los sentimientos del corazon, solo conocen el tanto por ciento.

—Pero mi padre es pobre, no tiene medios....

—Teniendo yo un considerable dote y mi padre un inmenso caudal, ¿habia de faltarle fianza á un anciano digno y honrado? ¡Oh! y no ha sido él el que menos me ha hecho llorar en estos dias, pues no habia medio de que aceptase: pero yo le hablé de tí, y solo el padre amante ha vencido al hombre severo en este empeño.

—¡Mi padre, pobre padre mio! ¿dónde está? yo quiero verlo, y á mi madre tambien.

Cármén se levantó, salió á la estancia inmediata, y dijo con alegre acento á los padres de su amiga, que velaban de continuo allí.

—Vamos, amigos míos, nuestra enferma quiere verlos, se halla bien, pero ya saben ustedes lo que ha dicho el médico: mucha prudencia y nada que pueda escitarla ni alterarla en lo mas leve.

Andrés y Margarita llegaron junto al lecho de su hija que les tendió las manos á entrambos.

—¡Padre mio, perdon!—murmuró con débil acento al rodear con su brazo el cuello del anciano.

—¡Oh! no pensemos en el pasado;—dijo Andrés,—ocupémonos solo de dar gracias á este ángel que nos ha salvado de la miseria, y en bendecir á Dios, por que te devuelve á nosotros curada enteramente.

—¡Si, curada enteramente!—murmuró Carmela con profunda intencion:—curada de las dolencias del cuerpo y de los estravios del espíritu, y regenerada por los dolores que he sufrido y por las lágrimas que he hecho verter. Desde hoy en adelante será otra mi conducta, otros mis sueños, y otras mis aspiraciones, cifrando toda mi vanidad en ser una hija modelo, y mi orgullo en ser una jóven modesta y humilde, galas las mas preciadas que avaloran á la mujer.

Carmela cumplió su promesa, y desde aquel dia en la morada del buen Andrés volvió á reinar la calma y la bendecida felicidad.

Mas tarde, cuando colocó en sus sienes el velo de esposa y la corona de madre, supo ser un modelo de virtud, haciendo, amaestrada por la esperiencia, que sus hijos no rindiesen culto ni al lujo ni á la vanidad.

Enriqueta Lezano de Vilchez.



## CALVARIO Y REDENCION.

### CARTAS DE TRES HERMANOS.

Maria de Osorio á su hermano Fabian.

Aquí me tienes, querido Fabian mio, lejos de cuanto amo en el mundo, y sola con una anciana y una niña de quien hoy por hoy, Dios me ha confiado la custodia.

Acaso te estrañará que yo, que apenas cuento veinte años, te hable de este modo tratándose de la Condesa, á cuya casa he venido solo á obedecer, y de Elvira que aunque de tan corta edad es la hija de los que, los vaibenes de la suerte, ha hecho ahora mis señores.

Y sin embargo, nada es mas cierto.

D.<sup>a</sup> Juana enferma y abrumada de años, es un ser débil á quien hay que sostener en el camino de la vida.

En cuanto á Elvira es una niña que me ama mucho, pero una niña al fin que todo lo ignora aun, por mas que su alma y su inteligencia estén dispuestas para sentirlo y aprenderlo todo.

¡Ay! entre estos dos seres que no sabrian comprenderme, y á quien yo no pudiera tampoco hacer partícipes de los sentimientos de mi corazon, ¿qué quieres que haga, Fabian mio, si no separar la vista de la tierra y fijarla en el cielo, único puerto seguro para las tempestades del alma?

¡Oh! mi dulce hermano, sufro mucho, y si no me sostuviera la idea de nuestra madre, á quien mi trabajo y los servicios que presto en esta casa pueden ser de alguna utilidad, no sé qué seria de mí.

¡Nuestra madre! este nombre endulza todas las amarguras, calma todos los dolores. ¡Si ella pudiese estar á mi lado!

Muchas veces, cuando prodigo mis cuidados á la Condesa, cierro los ojos y miro á mi corazon en el que está retratada la imágen de la que me dió la vida; allí la veo, allí escucho su voz, y me hago la ilusion que es á ella á quien dedico mis servicios.

Ayer tarde despues de dar á Elvira la leccion de piano, mientras la Condesa dormia su siesta en el gran sillón del gabinete, la niña se sentó sobre mis rodillas, y enlazando los brazos á mi cuello,

—María,—me dijo;—¿cuándo volverá mamá? ¿cuándo veré á mi padre otra vez?

—No sé, hija mia,—le respondí.

—¡Oh! ¿por qué no nos habrán llevado con ellos á esa hermosa quinta á donde han ido? ¡me gusta á mi tanto estar en el campo!

—La abuelita es demasiado anciana para emprender un viaje, y no podía quedarse sola,—la repliqué.

La niña se quedó pensativa un momento, y luego esclamo:

—¡Tengo tantos deseos de ver á papá!

—¿A él solo?—la pregunté fijando una mirada en su semblante.

—A mamá tambien: pero escucha, María; no quiero tener secretos contigo, me parece que amo un poco mas á mi padre.

Era tan dulce y tan suave la espresion de sus ojos en aquel instante, que solo pude contemplarla con embeleso sin pronunciar una palabra.

—Tú no me reñirás por esto, ¿es verdad? sobre todo, yo tengo una razon para ello.

—Y ¿cuál es?—la pregunté.

—¡Que papá es desgraciado!

Sin ser dueña de contenerme, temblé y me estremecí ante aquella niña inocente.

¡Oh, qué sabia ella de los dolores y los infortunios de la vida.

—Si,—continuó sin notar mi turbacion;—es mas desgraciado por que Dios le ha privado de la vista: por eso sin duda está de continuo tan triste, y á veces cuando me estrecha sobre su corazon le he oido murmurar muy bajo.

—Cuando yo muera, bendice á Dios y no llores, pobre niña, por que entonces seré mas dichoso!

A mi pesar una lágrima rodó por mis mejillas tan lentamente que Elvira la pudo notar.

—No llores,—me dijo;—entre las dos pediremos al cielo que haga feliz á papá para que no desee morir, y Dios nos lo otorgará; ¿es cierto?

—Los ruegos de los buenos hijos hallan siempre un eco en el cielo,—la dije:

Un suspiro atrajo entonces mi atencion, y vi á D.<sup>a</sup> Juana que se habia despertado y nos contemplaba en silencio.

Acaso habia oido nuestra conversacion.

—Venga V., María,—murmuró;—arregle V. un poco mis cabellos, y deme V. su brazo para bajar al jardin un momento: me hallo cansada de estar en este sillón.

Obedecí rápidamente, y en breve las tres aspirábamos los perfumes de las magnolias y los eliótropos, entre las calles de árboles rodeadas de verdura.



Dimos un corto paseo; D.<sup>a</sup> Juana se sentó en un banco de césped, y Elvira corrió entre las flores menos hermosas quizás que ella.

La anciana despues de un momento de silencio murmuró mirándome atentamente.

—¿Por qué no acompaña V. á Elvira? La niñez y la juventud se avienen mejor que la vejez y los primeros años.

—Prefiero estarme aquí; la niña tiene por compañía las azucenas y las mariposas, y V. se fastidiaría estando sola.

—¡Cuánto la debo á V!—esclamó;—¡cuánto la debo!

—¡Oh, señora, nada!—le contesté;—yo he venido á su lado á servirla como señorita de compañía, y solo cumplo con mi deber en prodigarla mis cuidados.

—¡Los servicios se compran ó se pagan María,—dijo—pero el afecto no! en V. hallo una dulzura y un cariño que nada en el mundo bastaría á recompensar.

—¿Y quién no bendice y besa con respeto la mano que le ampara?—esclamé con calor:—mi familia, por una hilacion de sucesos bien misteriosos y desgraciados, perdió en un día nombre, posicion y riquezas: mi padre murió de pesar y mi pobre madre le hubiera seguido si no la hubiese ligado á la tierra el amor de sus hijos. A nosotros nos tocaba sacrificarnos tambien por ella y no hemos vacilado. Mi hermano ha buscado una ocupacion honrosa; ha entrado como dependiente en una casa de banca y le ha ofrecido el fruto de su trabajo: yo he venido aquí con el mismo objeto..... mi hermana menor se ha quedado á solado. Los tres, pues, hemos cumplido nuestro deber, y ya vé V. que estamos obligados á bendecir á Dios por ello y á consagrarnos con toda el alma á las personas que nos proporcionan el pan de nuestra madre.

La Condesa que me habia escuchado conmovida, estrechó mi mano y me dijo:

—Al principio de estar V. en esta casa la tratábamos con demasiada dureza..... lo recuerdo perfectamente. Solo su dulzura, solo su inalterable bondad, la han conquistado nuestro afecto, lo sé muy bien, y..... yo le ruego que me perdone.

El carácter duro y frio de la Condesa, daban á estas palabras un valor incalculable.

Por toda respuesta besé su venerable mano, y las dos guardamos silencio.

—Algunas veces,—dijo ella despues de un momento—hubiera querido preguntar á V. cuales habian sido las desgracias de su familia, cual era su origen, pero el temor de afligirla con tristes recuerdos me ha detenido.

—Permítame V. que las calle, señora—dije decidida á ocultar nuestro nombre, como lo hemos resuelto los dos, Fabian mio:—permítame V. que las calle, puesto que mis secretos no son mios solos: pertenecen á toda una familia bien infortunada por cierto.

D.<sup>a</sup> Juana se apresuró á responder diciendo:

—Esto era solo una muestra del interés que me inspira, pero nunca una imposicion; ¡nada hemos hablado!

Elvira entonces volvió junto á nosotras, y unidas permanecimos hasta la hora de retirarnos, que en esta casa es bien temprano.

Cuando fuí á ayudar á Elvira á desnudarse, empezamos las dos á rezar las oraciones de la noche, pero con una sorpresa indecible, pude notar que la anciana estaba junto al reclinatorio y que rezaba tambien.

Dí gracias al cielo porque era la vez primera que esto sucedia, y mas tarde, cuando me entregaba al reposo, comprendí la inmensa bondad de Dios, que si nos ofrece dolores inmensos, nos dá tambien dulcísimas recompensas.

Adios, hermano mio, ya ves que en toda mi carta no he estampado una vez su nombre; esto te probará que si sé amar, sé luchar y sabré vencer. Adios.

*María.*

*Enriqueta Lozano de Vilchez.*

*Continuará.*

## SECCION DOCTRINAL.

### LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

El viejo Lorenzo que la habia escuchado con profunda atencion, rompió aquel silencio diciendo con temblorosa voz:

—Perdone V. E. señora Marquesa, las palabras que pronuncie en un principio. Ahora, despues de haberla escuchado, creo que la pobreza no es tan mala como yo pensaba y que si nos priva de algunos goces en este mundo, nos evita tambien grandes deberes y grandes cargos, ofreciendonos al par eternos premios por algunas gotas de llanto, y por algunos instantes de amargura! Yo suplico á V. E. humildemente que, pues ha desechado mi error, me enseñe, como se propuso en un principio, el modo de amar á mi Criador! ¡lo deseo ahora tanto, señora!

—Y bien; ¿á qué me lo pregunta V. á mí, si su corazón se lo está diciendo? esas frases que acaba de pronunciar, ese deseo es un hermoso acto de amor á Dios: todos los que estais aquí lo haceis tambien en el solo hecho de venir á oír esas lecciones por vuestra libre voluntad. Estas ni-



nas que prefieren escuchar el acento de una anciana á correr por los campos en su alegría, hacen un acto de amor á Dios, pues sacrifican, al afán de aprender á agradarle sus juegos infantiles y los placeres de su edad. V. José, que acaso por estar aquí algunas horas tendrá que levantarse mañana mas temprano para terminar sus trabajos. V. Julian, que tal vez esta noche tendrá que robársele el sueño los momentos que ha perdido aquí: todos, todos dan en esto una prueba de amor á Dios, que Él sin duda mirará complacido y no dejará sin recompensa.

La adoracion, el sentimiento que Dios quiere inspirar á nuestro corazón no es material y ostensible, no se parece en nada al que experimentamos por las criaturas de la tierra.

Mas elevado, mas alto, mas sublime, se manifiesta en la gota de agua que damos al sediento, en el pedazo de pan que ponemos en las manos del necesitado, en el consejo que deslizamos al óido del extraviado, en el consuelo que derramamos en el alma del triste.

Tambien el murmurador que detiene la calumnia en el labio por que teme ofender á Dios, le dá una prueba de amor. El iracundo que domina su cólera un momento, pensando que Dios condena la ira, le dá una muestra de amor. El que ansía los bienes ajenos y al estender su mano para tocarlos la retira espantado pensando que Dios le vé, manifiesta que le ama, cuando tiene miedo de enojarle. Las acciones mas sencillas, los hechos menos importantes, si se practican por Él y acatando su voluntad, son otros tantos lazos de amor con que sujetamos el alma á sus piés.

Ahora ya es tarde, amigos míos; terminemos por hoy y despedidámonos hasta mañana que volveremos á reunirnos en este sitio.

Todos obedecieron á la anciana, y se alejaron prometiendo no faltar al siguiente día.

Algunos momentos despues y cuando la Marquesa iba á abandonar la galeria de cristales para bajar á sus habitaciones, llamó su atencion un pequeño grupo que se distinguia en medio del camino.

Fijó la vista con mas afán, y tuvo que llevar á sus ojos la mano que apoyaba en la balaustrada, para enjugar una lágrima que rodaba por sus mejillas, mientras exclamaba con un acento que la emocion hacia temblar.

—¡Bendito seas, Señor, que sabeis preparar la tierra para que tan en breve fructifique la semilla!

Era que habia visto al ciego Lorenzo caminar acompañado de Julieta y Anita.

La una le prestaba el apoyo de su brazo y guiaba sus pasos con tierno afecto. La otra llevaba el zurrón del mendigo, mas pesado que antes al parecer, rivalizando las dos en el afán de servirle mejor.

## II.

Mucho antes de la hora señalada para la conferencia ofrecida por la Marquesa, Julieta cruzaba el ancho jardín de la quinta, y se dirigía á una preciosa y modesta habitacion que se alzaba á un extremo de la cerca.

La niña iba deprisa, y parecia que queria ocultar algun objeto entre los pliegues del traje azul que ceñia su talle.

Ya casi llegaba al término de su marcha, que era la morada de José el jardinero, cuando al pasar por una glorieta de jazmines oyó una voz harto conocida, que la llamaba por su nombre.

Era su hermano Adolfo que estudiaba sus lecciones en aquel apartado sitio.

La niña se ruborizó un poco, y un aire de lijera con-

trariedad apareció en su precioso semblante: pero se detuvo y dijo á su hermano:

—¡Ah! ¿eres tú? ¿que haces aquí tan solo?

—Ya lo ves,—respondió Adolfo presentando á la niña sus libros.

—¿Estudiabas?

—Sí. ¿Y tú? ¿apuesto que ibas á casa de Anita para jugar con ella un instante.

—No niego que la buscaba, pero no para eso, te lo aseguro.

En aquel momento, Leal, el perro de los niños que los habia visto de lejos, se precipitó ante ellos llenándolos de caricias.

Julieta estendió las manos para devolverle los alhagos, y Adolfo soltando una alegre carcajada, exclamó señalando al suelo:

—¡Mira, mira! ¡no ibas á jugar, y acabas de dejar caer el vestido nuevo de tu muñeca que llevabas escondido!

La niña miró á sus piés y vió que su hermano tenia razon.

Entonces una dulce sonrisa entreabrió sus labios, y dijo muy quedo como si temiera que alguien la oyese.

—Escucha, Adolfo; voy á decirte la verdad, aunque esto era un secreto entre Anita y yo. Anoche despues de escuchar á la abuela, sentí en mi pecho algo que no habia sentido nunca y que se asemejaba á un eco que repetia las palabras que ella habia dicho. Quise buscar á Ana para confiarla mis pensamientos, cuando la ví, que dando la mano al pobre ciego, iba sin duda á acompañarle hasta su casa. No sé por qué al ver á Lorenzo me acordé de San José, á quien nuestra madre venera tanto, y al mirar á Ana pensé en el angel de la guarda. A los dos se parecian entonces! me acerqué á ellos, y les seguí sin decir una palabra. Al volver un recodo, la luz de la luna dió de lleno en mi rostro, y Anita, á quien he exigido que me tutee á solas,

—¿Por qué lloras?—me preguntó cuidadosa.

—¡No sé!—le respondí llevando la mano á mis ojos, y encontrando en ellos una lágrima..... ¿pero por qué sonries tú?

—Oh! es que yo estoy muy contenta, me he ofrecido á servir de guia á Lorenzo; él ha aceptado, y ha tomado mi mano, bendiciéndome.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí; sí, ven, así el pobre ciego podrá apoyarse en tu brazo, y yo llevaré su zurrón, que debe pesarle mucho.

Así lo hicimos y en breve llegamos á casa de Lorenzo, guiados por su perrillo que iba delante de nosotros. Ana entró la primera y encendió luz.

¡Ay! hermano mio, tú no sabes que desmantelada y súa estaba la habitacion!

—Muy mal se halla esto;—dijo mi amiguita mirando con pena en derredor—pero mañana yo vendré temprano y lo arreglaré todo. Ahora nos vamos porque podrian hecharnos de menos y reñirnos por haber salido sin pedir permiso.

—Si, hijas mías, idos, y que el Señor os bendiga por vuestra divina caridad;—exclamó Lorenzo al despedirnos.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26,